

AGENDA CIUDADANA

EL AUTOENGAÑO DE WASHINGTON

Lorenzo Meyer

El Sonido y la Furia.- "Tienen los amigos equivocados allá [en México]" informó el senador por Carolina del Sur, Ernest F. Hollings, al funcionario que el presidente William Clinton había enviado al capitolio de Washington para defender su decisión de dar por buena --"certificar"-- la cooperación del gobierno mexicano con el norteamericano en materia de narcotráfico a pesar de que el máximo encargado de esa tarea en México, el general Jesús Gutiérrez Rebollo, acababa de ser arrestado por complicidad con narcotraficantes. Pero el senador no paró ahí y fue más lejos al afirmar: "el único medio que yo conozco de tener los amigos adecuados es provocar una crisis [en México], porque hasta que no se elimine al PRI, hasta que no se logre la democracia, no se podrá eliminar la corrupción" (*The New York Times*, 8 de marzo). La tesis no es mala, pero en Washington carece de sustento moral.

Es difícil tomar en serio al senador por Carolina del Sur si se recuerda, entre otras cosas, que justamente ha sido de los círculos gobernantes de Estados Unidos de donde ha salido una buena parte del apoyo que ha permitido al PRI disfrutar de 68 años seguidos de control del poder. ¿No fue acaso de los dirigentes políticos, empresariales y académicos norteamericanos, de donde provinieron los aplausos más fuertes para el dudoso resultado oficial de las elecciones de 1988? ¿no fue justamente ese batir de palmas externo lo que ayudó a acallar el estruendo de la "caída del sistema" en el 88?. Y volviendo la mirada más cerca y más lejos, ¿no fueron decisiones al más alto nivel en

Estados Unidos entre 1976 y 1995 las que ayudaron a varios presidentes mexicanos a superar las crisis económicas resultado de sus errores e irresponsabilidades de política económica?. La coherencia no parece ser la característica de quienes desde el capitolio de Washington están exigiendo democracia en México como el mejor antídoto contra la corrupción.

Descubrir el Mediterráneo.- Esa corrupción del sistema político y administrativo mexicano que hoy se condena en el congreso norteamericano no es algo nuevo desgraciadamente, en mayor o menor grado, ha sido parte integral de nuestra realidad al menos desde la época de los Habsburgo. Desde luego existía cuando, hace setenta años, el presidente Plutarco Elías Calles y el enviado de Washington, el embajador y banquero Dwight Morrow, concluyeron un entendimiento fundamental entre el sistema autoritario postrevolucionario de México y el gobierno de la gran potencia vecina. En la vida pública mexicana la corrupción no ha sido una variable sino una constante, entonces ¿porqué molesta ahora a los políticos norteamericanos algo que hasta prácticamente ayer admitieron como normal?

El cambio de actitud en Estados Unidos respecto de la naturaleza del gobierno mexicano no se explica por un repentino ataque de ética en las orillas del Potomac, sino por el hecho de que el autoritarismo mexicano ya dejó de ser confiable, es decir, funcional para los intereses y proyectos de Estados Unidos en esta zona del mundo. Lo que molesta a los legisladores norteamericanos y preocupa en los corredores de la Casa Blanca no es lo corrupto y autoritario de la clase política mexicana,

sino el hecho que esa corrupción, combinada con una pérdida relativa de poder y eficacia de la institución central del sistema político mexicano --la presidencia--, tiene efectos muy negativos sobre lo que son las prioridades norteamericana al sur de la frontera.

Lo que el Viento se Llevó.— Si hasta no hace mucho *good old México* resultaba atractivo a ojos del gobierno y empresarios de Estados Unidos, no era, desde luego, por su cultura, ni tampoco por su nivel de desarrollo económico o por su respeto frente a las normas jurídicas. No, nada de eso, lo que gustaba de la política mexicana a los encargados en Estados Unidos de los asuntos con México, era lo estable y lo predecible del sistema de control político y social creado hace 68 años por el general Plutarco Elías Calles y su grupo. En una palabra, para Estados Unidos, México era confiable --"reliable"-- como pocos países en el mundo. Toda gran potencia tiene como meta hacer segura, predecible y manejable su zona de influencia; México era el objetivo hecho realidad.

A partir de la II Guerra Mundial, el proceso político mexicano basado en una presidencia sin contrapesos montada en un partido de Estado con una gran base social corporativizada, aunque bastante alejado en la práctica del respeto a la ley, casi no dio sorpresas desagradables a la gran potencia del norte y si resultó muy conveniente a sus intereses en la región. En realidad, la relación de mutua conveniencia del gobierno norteamericano con el mexicano en el último medio siglo, resultó ser algo muy similar a la que históricamente ha sido la relación

del Partido Demócrata con la maquinaria política creada por el alcalde Richard M. Daley de la ciudad de Chicago: una estructura política no particularmente democrática pero muy cumplidora en materia de votos y control. Sin embargo, es justamente eso, lo estable, predecible y cumplidor frente a la gran potencia, lo que ahora está perdiendo el grupo político dominante en México, y eso es lo que resienten aquellos círculos en el país del norte que tienen que ver con México. Lo que realmente les molesta no es la naturaleza arbitraria y antidemocrática del PRI y la presidencia, sino que ya no puedan desempeñar sus tareas de control social y político con la eficacia conque lo hacían antes.

Lo Imprevisible.- Un buen ejemplo de lo que significa para el gobierno de Estados Unidos el debilitamiento de la institución presidencial mexicana y su partido, lo tenemos en la próxima visita del presidente William Clinton a México. Esta es la primera vez que el antiguo gobernador de Arkansas se aventura a presentarse en tierras latinoamericanas y, lógicamente, esperaba que su viaje resultara sin problemas y triunfal. Lo primero ya no puede ser y lo segundo está en duda.

Como trasfondo para entender el problema en que se encuentra la gira del presidente Clinton por México, debe tomarse la anterior visita de un presidente norteamericano a nuestro país: la del republicano George Bush. En aquel entonces, el jefe del gobierno de Estados Unidos no se aventuró a visitar la capital mexicana y prefirió centrar su actividad en una urbe más segura --Monterrey--, donde casi no había influencia de la oposición

incómoda --el PRD--, y donde era incuestionable la influencia del presidente Salinas --el hijo más famoso de Agualeguas.

Con la popularidad de Salinas en ascenso fuera y dentro de México, con su férreo control sobre casi todas las variables políticas, incluso las más insignificantes, la planeación de la visita del mandatario norteamericano --la más intensa que efectuó entonces a un país latinoamericano-- no representó mayor problema para Tlatelolco o el Estado Mayor Presidencial, para el Departamento de Estado o el Servicio Secreto. No creo exagerar si supongo que los organizadores pudieron decidir no sólo cuantos mexicanos constituirían el público que recibiría en las calles y plazas al mandatario norteamericano, sino incluso decidir cuando y quienes le aclamarían en la Macroplaza de Monterrey con estribillos como: "Bush, amigo, el pueblo está contigo".

La visita del último presidente republicano a México resultó el éxito determinado de antemano en las oficinas de la Casa Blanca y Los Pinos. Lo que se dijo y se hizo entonces pareció confirmar la línea oficial: nunca antes las relaciones entre México y Estados Unidos habían sido mejores, los tradicionales recelos habían sido superados y la interdependencia armoniosa era la característica del futuro. Ahora vemos que el famoso "espíritu de Houston" sólo fue la calma antes de la nueva tormenta, pero entonces sirvió bien a los dos gobiernos.

La diferencia de la visita de Bush al país de su colega Salinas con lo que hoy prepara Clinton al país del antiguo secretario de Programación y de Educación de Salinas, Ernesto Zedillo, es notable, casi dramática. Cuando se decidió el viaje

se suponía que el objetivo de la Casa Blanca era cosechar lo que había sembrado en el difícil momento en que estalló el "error de diciembre de 1994", cuando el castillo de naipes levantado por Bush y Salinas se vino abajo y en Washington se debió dar forma en poco tiempo a un préstamo de emergencia a México hasta por 50 mil millones de dólares (del cual se usó menos de la mitad). Clinton, sin alternativa real, debió invertir parte de su capital político en el apoyo al gobierno de Zedillo y hacer frente a críticas en su congreso. Es natural que cuando los indicadores macroeconómicos mexicanos parecieron mejorar, el presidente norteamericano haya querido mostrar *in situ*, su estatura de estadista y poner en ridículo a sus críticos de entonces. Pero resulta que el sistema político mexicano ya no es lo que era y la falta de control de la presidencia sobre sus propios órganos de seguridad, dieron a Washington una sorpresa desagradable. En efecto, a unas cuantas semanas de la visita de Clinton al país vecino del sur, lo que domina es el desencanto y la irritación a ambos lados de la frontera como resultado del *affaire* Gutiérrez Rebollo, rebote del *affaire* Lozano Gracia y Chapa Besanilla, ligados indisolublemente al *affaire* de la familia Salinas, *et cétera*.

Hoy, en vez de cosechar, el presidente Clinton está teniendo que hacer otra inversión de capital político en México para detener la ofensiva de quienes, como el senador Hollings, desean que oficialmente se le retire al gobierno mexicano el certificado de buena conducta en el esfuerzo internacional contra el narcotráfico. Como reacción, en México, se ha vuelto a encender

el tipo de reacción nacionalista que se suponía que el Tratado de Libre Comercio había relegado al pasado. A estas alturas, la visita de Clinton a nuestro país ha perdido mucho de su sentido. La maquinaria del PRI que el senador de Carolina del Sur desea destruir podrá volver a poner sus porras a funcionar en el momento adecuado, pero un "Clinton, amigo, el pueblo está contigo" va a sonar más falso y ridículo que antaño.

La Conclusión.- En realidad, la clase política norteamericana no tiene base moral para quejarse del gobierno mexicano. Por años jugó al autoengaño por conveniencia, por años certificó al mexicano como un gobierno democrático y al de Salinas como moderno, honesto y adelantado de la interdependencia. Pero finalmente, el PRI al que hoy se critica tanto en Washington, es tanto criatura de la sociedad mexicana como de la complicidad norteamericana (de políticos, inversionistas, periodistas y académicos) por haber sido muy funcional a sus intereses en el pasado.

En fin, confiemos en que todos los interesados al norte y sur del Río Bravo saquemos las buenas lecciones de los errores cometidos y construyamos nuestra inevitable relación no sobre autoengaños sino sobre acuerdos y visiones honestas y congruentes. Es mucho pedir, pero no se puede menos.